

A=A: Conceptualismo como traducción

Vanessa Place

Trad. de Carlos Soto Román

Con bastante frecuencia, he dicho que vivimos en una era conceptualista, con lo que me refiero a una era donde no hay diferencia, no hay repetición, ni originales de los cuales se hagan copias, sino que sólo está lo simultáneo, lo presente, las cosas que existen *idem* al lado de otras cosas. Donde nuestros modelos son como nuestras economías, globales, de manera que la variación regional es sólo eso, un asunto de marketing sobre materia. Y del mismo modo en que se puede comprar un pie de mango en Nicaragua, que es tan “Americano” como un *Apple pie*, y un McTurco en Turquía, que es una hamburguesa hecha de cordero, y un McCurry en Delhi, con o sin pollo, y ninguno es más ni menos McDonald’s que los otros, porque tú sabes que estás en McDonald’s, comprando McDonald’s, comiendo McDonald’s y McDonald’s de esta forma te conoce, y tú por supuesto, eres lo que comes, de manera que tú también puedes obtener tu poesía hecha a la medida por y para ti, toda igualmente disponible e igualmente deliciosa.

En un ensayo muy agudo,¹ la crítica Andrea Quaid ha argumentado que mi libro *Boycott* plantea una pregunta conceptual muy precisa: ¿Cómo se mueve el lenguaje cuando no va a ninguna parte? En *Boycott*, intervengo quince textos feministas icónicos, reemplazando todas las referencias a mujeres por sus equivalentes masculinos, de manera que, como dice Lacan, “*la femme n’existe pas*”, o como dice James Brown: “*It’s a man’s man’s man’s world*”. Inspirado por la máxima de Lacan y por la obra de la artista norteamericana Lee Lozano, titulada *Boycott Piece* (1972), en la que la artista dejó de hablarle a las mujeres, *Boycott*, como plantea Quaid, “enrarea la historia” confrontando lo social con el intercambio temporal de la historia por divisas, de significado por significante, que en última instancia “requiere una traducción del lector”. Quaid también ve a *Boycott* como “una traducción de un género a otro... de una disciplina a otra, de la teoría feminista a la poesía”. En el cambio (o en lo que podíamos llamar en inglés norteamericano el *switcharoo*) (N. del T.: *slang* para un cambio o una variación sorpresiva o inesperada), *Boycott* “ilumina cómo la actual y a veces exaltada hipermovilidad de la información y del texto se desplaza, muy a menudo, con la obstinación ideológica más difícilmente perturbable del lenguaje y no necesariamente en contra de ella”.

1 Quaid, Andrea: “Translation as: move, removal, transfer, interpretation transformation. Translation is a feminist project.” Associated Writing Programs, March 2013, Boston, Massachusetts. Unpublished conference paper, 2013.

Dicho de otro modo, la traducción, como señala Quaid, paradigmáticamente establece un punto de origen – el texto fundador o inicial – junto al cual se ubica la traducción – el texto extranjero o la versión –. Estoy usando aquí un lenguaje espacial, tal como usé el masculino allá, porque si pensamos en estas cosas como acontecimientos en el espacio versus acontecimientos en el tiempo (diré más sobre eso en un momento), entonces empezaremos a ver cómo los preceptos de la simultaneidad, fomentados por la tecnología actual (y actual también es utilizado en forma intencional) funcionan como unidades del lenguaje alojadas en cajas, las que pueden apilarse y ordenarse, ponerse en filas simétricas, o ser rotuladas “frágil” o “este lado hacia arriba”. Como nos guste.

Pongámoslo de otra manera, y se ve cómo esto también sirve como una traducción dentro de una traducción, si pensamos sobre traducción, no como un hecho acerca de uno u otro texto, sino como un hecho acerca del lenguaje mismo, nos podemos mover desde sistemas de equivalencias y transferencias, hacia sistemas de cognición y crítica. En otras palabras, leer diez traducciones distintas al inglés del *Inferno* de Dante ya no es un comentario sobre el *Inferno*, sino que dice algo acerca del inglés. Las nuevas traducciones al inglés de *Proust*, y no es por nada que traduzco el nombre del autor en cursivas, nos cuentan cómo los conceptos de *narrativity* y *dilation* del tiempo funcionan en inglés, los que podemos entonces, si queremos, comparar a las nociones de *histoire* y *retardement* en *français*.

A modo comparación productiva, mi proyecto en *Twitter*, *Gone with the Wind* (Lo que el viento se llevó) es una traducción de un medio a otro medio, fidedigna – hasta cierto punto. Al “tweetear” la clásica novela norteamericana en su totalidad, estoy esparciendo *Lo que el viento se llevó*, en atenciones efímeras de notificaciones diarias tal y como son seguidas; al “tweetear” el libro completo, estoy robando fidedignamente una copia completa del libro. Al “tweetear” el libro en su totalidad, estoy incluyendo al gobierno de los Estados Unidos en la lista de cómplices de mi robo, de mi infracción indiscriminada a los derechos de autor, dado que el gobierno de los Estados Unidos recopila los “tweetes” norteamericanos en la Librería del Congreso. El gobierno de los Estados Unidos, como ustedes saben, es un gran coleccionista de información. Debo admitir que hay infidelidades formales en mi traducción. No puedo empezar un *tweet* con las letras “d” o “m”, ya que éstas denotan mensajes directos, y a menudo, como un monje medieval, omito espacios entre palabras. Mis “tweetes”, por lo tanto, no pueden siempre tener 140 caracteres. Esta es una limitación del medio.

También he traducido *Lo que el viento se llevó* de otras maneras: tomando el famoso discurso de Prissy “Yo no sé nada sobre dar a luz bebés” (*I don’t know nothin’ about birthin’ babies*) disponiéndolo en forma de sonetos Miltónicos para la revista *Poetry* (verano 2009). De manera que la esclava, víctima de la ventriloquia, se convierte en esclava de los dictados de un plan más simple, favorecido posteriormente por los Románicos. Vale la pena señalar que Milton utilizó su soneto para escribir sobre su ceguera felizmente servil, en la cual declara “y aún le sirve el que está quieto y espera”. También he borrado el capítulo final de *Lo que el viento se llevó*, hasta la legendaria frase final “Después de todo, mañana será otro día” (*After all, tomorrow is another day*) y he leído públicamente la borradura – un “blanqueo”, un *white out* del final, en el cual existe la esperanza de que el amor, tal como el sur, se levantará otra vez.

En su libro *No Medium*, Craig Dworkin considera la traducción de un medio a otro (tal como en las *White Paintings* de Rauschenberg al 4’33” de Cage) como una consideración del medio propiamente tal. Dworkin argumenta que los medios “no son solamente mecanismos de almacenamiento, independientes de algún modo de los actos de lectura o del reconocimiento de los signos que registran”

sino que son la cosa propiamente tal – “anidada dentro de una estructura recursiva”.² Por lo tanto, la materialidad de los medios es su significación. Por tanto, cualquier trabajo estético funciona dentro del contexto kantiano del sujeto o la orientación hacia el objeto de lo que yo llamo the *subject*, esa amalgama de sujeto/objeto que es la experiencia ontológica contemporánea. En este sentido, nosotros somos medios/el medio – nosotros, o sea: ustedes.

Y también en este sentido, una traducción conceptualista ratifica lo que Žižek llama “la incompletud ontológica”, el argumento de que en el centro de todo yace el Vacío como materia estructural. Lo que experimentamos, de manera matemática con Gödel y de manera no matemática con todo lo demás, es necesariamente incompleto, es necesariamente contingente. Si tomamos esta afirmación, junto con la comprensión de que la contingencia es siempre *sitespecific*, y que todo el arte es también necesariamente sitio-contingente, entonces tenemos el punto de partida de una tesis para la traducción conceptualista. O sea, sobre el conceptualismo propiamente tal. De manera que, en vez de orquestar o crear *ex nihilo*, el proyecto conceptual contiene el *ex nihilo* desde el cual toda orquestación es creada o toda creación es orquestada, *à chacun son goût* (cada uno a su gusto). Y esta contingencia difundida a través de una red, finalmente, es el medio y el material del conceptualismo en sí. Existe una pequeña pero importante distinción entre el “sobre” y “del” en estas últimas oraciones.

Dando un pequeño, pero no menor paso al costado, se podría argumentar que mientras la traducción se ve atrapada en discusiones sobre fidelidad e infidelidad, o sobre qué constituye una “verdadera” traducción, las que incluyen la idea de que no hay una traducción “verdadera”, o lenguaje tan estructurado como un inconsciente, lo que es una traducción obvia y tangencial de la frase “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” de Lacan (*L'inconscient est structuré comme un langage*) y de hecho, esta es una frase sumamente larga, que será muy difícil de traducir, especialmente al alemán, y tal como en alemán, vamos a poner el verbo al final puesto que, en comparación, el traductor no conceptualista juega el rol del perverso lacaniano, es decir, pervierte, tergiversa. “Pervertir” del latín *pervertere*, dar vuelta, cambiar radicalmente, subvertir, “to pervert” en inglés, llevar por el mal camino, sacar del curso indicado, inducir juicios falsos. Pero perversión, según Lacan, es la afirmación de saber directamente lo que el gran Otro quiere y a la vez cumplir ese deseo. Cuál es el gran otro del traductor tradicional. Esa no es una pregunta, sino que una respuesta. Una respuesta que, felizmente, una traducción conceptualista no tiene que preguntar. Porque nuevamente, los medios (y qué es el gran Otro sino un medio/médium) son ustedes.

Lo que la traducción promete platónicamente, o lo que podría prometer platónicamente, es movilidad. Transferencia de un medio a otro. Pero debe existir fricción. Una traducción sin fricción, en la cual el significado es conservado de manera perfecta y hermética, sería una traducción aburrida. Y no de una buena manera. Porque el punto de inflexión del conceptualismo en todo esto no es hacer un argumento sobre la movilidad, ni siquiera un argumento sobre medios y materialidad. Más bien, el punto que el conceptualismo podría hacer, es decir, el punto que podría quedar provechosamente atascado en la garganta, es que cada cosa es, por sí misma, el punto es que no existe tal cosa como la traducción, sino sólo la substanciación. A saber, la encarnación. Y tal como con esa famosa Trinidad, cada imagen mental es material e inmaterial, ontológica y epistemológica, apremiantemente presente y necesariamente misteriosa. Porque ver es creer.

Nota de la autora: he hecho estas oraciones largas y ojalá difíciles de traducir para desalentar afirmativamente cualquier intento de fidelidad textual.

2 Dworkin, Craig: *No medium*. (Cambridge, MA: MIT Press, 2013), pp. 32-33.